



IN MEMORIAM

Emilio Guinea López

(13-V-1907 - 26-X-1985)

Después de una larga y penosa enfermedad falleció hace tiempo en Madrid el doctor Emilio Guinea López, Director Honorario de nuestro Real Jardín Botánico.

Esta revista, que estaba especialmente obligada a dar la noticia con prontitud y cariño, ha de comenzar hoy explicando que su retraso —quisimos darla en el volumen 43(1), de 1986— se debe al incumplimiento de quien se había ofrecido a redactar de modo inmediato una sucinta biografía del Dr. Guinea. Dada la amistad entre el solicitante y el fallecido, aceptamos gustosos que la preparase; pero ahora, sin más dilaciones, hemos de hilvanar estas breves notas de recuerdo y homenaje póstumos.

Había nacido Emilio Guinea en Bilbao. Se licenció en mayo de 1929, como naturalista (Ciencias Naturales) por la Universidad Central (hoy Universidad Complutense de Madrid), doctorándose por la misma Universidad en noviembre de 1932. Pronto sería Catedrático de Instituto Nacional de Enseñanza Media,

simultaneando las actividades propias del empleo con sus investigaciones botánicas y la docencia superior: fue también Profesor de la Sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense.

En el campo de la investigación botánica destacaremos que ya en 1948 era Profesor Adjunto de la Sección de Botánica del Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la que sería jefe en el año 1952. Gana luego por oposición la plaza de Conservador de este Real Jardín Botánico, recibiendo su nombramiento del Ministerio de Educación Nacional el 25 de mayo de 1957. En enero de 1962 —sesión de 21-XII-1961— es nombrado, por la División de Ciencias Matemáticas Médicas y de la Naturaleza (C.S.I.C.), jefe de la entonces creada Sección de Flora Tropical, que tiene sede en el Jardín Botánico y depende orgánicamente del Instituto Botánico A. J. Cavanilles. Con anterioridad —23 de enero de 1959—, la misma División le había nombrado Profesor Agregado del mencionado Instituto. El 2 de octubre de 1968, la antedicha Sección de Flora Tropical es sustituida por una Sección de Flora Europea, de la que Emilio Guinea es también nombrado jefe.

Con la llegada del Profesor F. Bellot a la dirección del Jardín Botánico empieza para E. Guinea una serie de problemas administrativos que le impiden sus estancias habituales en Ginebra —residiendo en casa de su hija, visitaba casi a diario el Conservatoire et Jardin Botaniques de la Ville de Genève—, lo que, unido a sus incipientes problemas de salud, le hace solicitar la excedencia voluntaria el 2 de mayo de 1974. Desde entonces residió alternativamente, según la época del año, en Madrid, Ginebra y Fuenterrabía.

Hombre de espíritu inquieto y emprendedor, de amplia cultura y agradable conversación, siempre explicaba que el hecho de haber nacido el mismo día —pero doscientos años más tarde— que Carlos Linneo le había predestinado a ser botánico, y gracias a ello tenía buenas cualidades para la profesión. También solía explicar a los jóvenes que comenzó admirando al mundo germánico —entonces aprendió alemán—, para hacerse luego anglófilo —entonces aprendió inglés— y descubrir ya en la madurez que lo que realmente le llenaba era el mundo clásico. Presumía de haber aprendido el latín para leer a los clásicos.

Podría decirse de Emilio Guinea que fue ante todo un viajero curioso e inquieto, buen observador, al estilo de los viajeros del siglo pasado. Sus viajes al África tropical —especialmente a Guinea Ecuatorial—, a los desiertos norteafricanos y al país de los papúes, casi todos en las décadas de los 40 y 50, le permitieron adquirir una cultura botánica poco frecuente entre sus colegas de la época. Sus publicaciones de entonces tienen más el sabor de las de un viajero naturalista que el de las de un florista profundo, aunque sus herborizaciones fueron siempre abundantes y serias.

A lo largo de su vida profesional ensayó diversas especialidades, desde trabajos exploratorios y geobotánicos —ensayo geobotánico sobre Guinea Ecuatorial, ensayo sobre el desierto del Sahara, *Vizcaya y su paisaje vegetal*, *Estudio geobotánico de Santañder*, etc.— a trabajos taxonómicos tradicionales —estudios sobre *Biscutella*, *Santolina*, *Helianthemum*, *Micromeria*, etc.— u obras de síntesis —*Claves botánicas*, *Elenco de la flora vascular española*, etc.— y obras de divulgación sobre árboles y arbustos usados en jardinería, sobre micología, etc., a un lado multitud de artículos de muy diversa índole. Sus escritos son en general amenos e interesantes, de buena pluma no carente de originalidad y gracia.

En mayo de 1967 presenta formalmente al director del Jardín Botánico un proyecto para la redacción de una "Flora Bético-Castellana" en 4 volúmenes. Contaba en principio con la colaboración de todos los botánicos peninsulares y proponía que el comité editor estuviese presidido por el director del Instituto Botánico Cavanilles, Profesor S. Rivas Goday.

Una de sus dotes más características era su facilidad para el dibujo descriptivo, que orientó pronto hacia el dibujo botánico. Comenzó dibujando láminas de setas y terminó haciendo cosas de valor, hasta el punto de que la Hunt Botanical Library le invitó en 1968 a participar en una "Exposición internacional de botánicos iconografistas" organizada en su sede de Pittsburgh (Pensilvania, EE.UU.) y envió incluso dos emisarios a España para ponerse de acuerdo con él acerca de los trabajos que debería presentar.

Con Emilio Guinea se fue quizá uno de los últimos representantes de la generación de botánicos españoles de la posguerra, que tuvieron que formarse y trabajar en condiciones de aislamiento y precariedad hoy difícilmente imaginables. Quizá él fue uno de los que mejor supieron sobreponerse a estas dificultades, llegando a alcanzar un reconocimiento entre los botánicos europeos —perteneció al comité de asesores del proyecto "Flora Europaea"—, caso poco frecuente a la sazón aquí, entre sus compatriotas.

Demostró su generosidad y su amor a este Real Jardín Botánico, convirtiéndolo en receptor único de su herencia botánica, que incluye biblioteca, archivo y herbario personales. Tal gesto, especialmente en país tan poco propenso a las donaciones, le distingue y ennoblece.

Como director de este centro cumplo un deber, muy gustosamente, dejando en estas líneas constancia pública de nuestra gratitud.

Aemilie Guinea, sit tibi terra levis!

SANTIAGO CASTROVIEJO
Madrid, 4-XI-1988